

Escritos históricos y políticos

Simone Weil

Prólogo de Francisco Fernández Buey

Traducción de Agustín López y María Tabuyo

E D I T O R I A L

T R O T T A

Ouvrage publié avec le concours
du Ministère français chargé de la culture – Centre national du livre
Obra publicada con la ayuda del Ministerio francés de Cultura
– Centro Nacional del Libro

Esta obra se beneficia del apoyo del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en España y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación (P.A.P. García Lorca)

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Ciencias Sociales

Título original: *Écrits historiques et politiques,*
Œuvres Complètes, tome II

© Editorial Trotta, S.A., 2007
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
<http://www.trotta.es>

© Éditions Gallimard, 1988, 1989, 1991

© Agustín López y María Tabuyo, 2007

© Francisco Fernández Buey, para el prólogo, 2007

Prohibida la venta en los países de América Latina

ISBN: 978-84-8164-895-9
Depósito Legal: xxxx-2007

Impresión
Fernández Ciudad, S.L..

ÍNDICE

<i>Prólogo: Francisco Fernández Buey</i>	11
<i>Nota editorial</i>	32

A. LA VIDA OBRERA Y EL MOVIMIENTO SINDICAL.
LA ORGANIZACIÓN SOCIAL,
EL MARXISMO Y LAS PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCIÓN

I. 1927-1934

[Introducción a los cursos destinados a los obreros].....	37
Reflexiones respecto del servicio civil [y] sobre la idea de Ganuchaud y Canguilhem	39
Reflexiones con respecto al servicio civil.....	39
Sobre la idea de Ganuchaud y Canguilhem	40
[Deberes de los representantes del pueblo]	42
Para la Liga.....	45
Sobre un intento de educación del proletariado.....	47
El congreso de la CGT [Carta del observador].....	49
El camino hacia la unidad sindical. Una reunión intersindical en el Puy...	52
Reflexiones referentes a la crisis económica	54
Al margen del Comité de Estudios	58
Después de la muerte del Comité de los 22.....	60
El capital y el obrero [Síntesis del curso impartido en la Bolsa de tra- bajo de Saint-Étienne.].....	64
Tras la visita a una mina.....	67
Reflexiones referentes a la tecnocracia, el nacionalsocialismo, la URSS y otros puntos.....	70

ESCRITOS HISTÓRICOS Y POLÍTICOS

Analicemos la situación	74
Frente único y unidad sindical	77
Perspectivas. ¿Vamos hacia la revolución proletaria?	80
Rosa Luxemburgo: <i>Cartas desde la cárcel</i>	99
A propósito de <i>La condición humana</i> [de Malraux]	102
[Conversación con Trotsky] [Notas tomadas después de la entrevista]	104
El materialismo histórico	106
1. La cuestión fundamental de la ciencia social	106
2. La idea de las condiciones de la existencia	107
3. Concepción materialista de la estructura social	108
4. Relaciones del pensamiento individual con la sociedad	108
5. Posibilidades de transformación social	109
¿Para quién el poder?	110

II. 1934-1938

Meditación sobre la obediencia y la libertad	111
Sobre las contradicciones del marxismo	116
Examen crítico de las ideas de revolución y de progreso	123
Experiencia de la vida de fábrica. Carta abierta a Jules Romains	129
La vida y la huelga de los obreros metalúrgicos	145
La victoria de los metalúrgicos	157
Reflexiones brutales	164
El congreso de la Unión de Sindicatos de la región de París	167
La racionalización	173
La condición obrera	189
La clase obrera y el Estatuto del Trabajo	195
A propósito del sindicalismo «único, apolítico, obligatorio»	197
I.	197
II. [El deterioro de los sindicatos]	199
III. [El aburrimiento obrero]	203

B. ESCRITOS SOBRE HISTORIA Y CRÍTICA CULTURAL

Un levantamiento proletario en Florencia en el siglo XIV	211
Algunas reflexiones sobre los orígenes del hitlerismo [1939]	226
I. Permanencia y cambios de los caracteres nacionales	226
La «Francia eterna»	228
La «eterna Alemania»	232
El hitlerismo y los germanos	232

ÍNDICE

II. Hitler y la política exterior de la antigua Roma	237
III. Hitler y el régimen interior del Imperio romano.....	253
Conclusión	262
Reflexiones sobre la barbarie	271
<i>Antígona</i>	274
<i>Electra</i>	279
La <i>Iliada</i> o el poema de la fuerza	287

C. SOBRE LA SITUACIÓN POLÍTICA DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO

I. RELACIONES INTERNACIONALES. LA GUERRA Y LA PAZ

La conferencia de desarme.....	313
La patria internacional de los trabajadores.....	316
El papel de la URSS en la política mundial.....	319
Reflexiones sobre la guerra	325
El problema de la URSS.....	335
Algunas palabras más sobre el boicot	338
Respuesta a una pregunta de Alain.....	340
¿Hay que engrasar las botas?	344
No intervención generalizada	346
Las relaciones franco-alemanas	349
No empecemos otra vez la guerra de Troya	351
Los peligros de la guerra y las conquistas obreras	366
¿Europa en guerra por Checoslovaquia?	369
Reflexiones sobre la conferencia de Bouché.....	374
El desasosiego de nuestro tiempo.....	377
[Puntualización].....	379
Reflexiones para un balance.....	382
[Programa para tiempos de guerra].....	397

II. EN TORNO A LA ALEMANIA NAZI

Condiciones de una revolución alemana. <i>¿Y Ahora?</i> , de León Trotsky...	399
Primeras impresiones de Alemania.....	406
Impresiones de Alemania (agosto y septiembre). Alemania a la espera ..	408

ESCRITOS HISTÓRICOS Y POLÍTICOS

Los acontecimientos de Alemania. La huelga de transportes de Berlín.	
Las elecciones	423
La situación en Alemania [I]	426
I.	426
II.	431
III. El reformismo alemán	436
IV. El reformismo alemán (fin).....	442
V. El movimiento comunista.....	445
VI. El movimiento comunista (continuación)	449
VII. El movimiento comunista alemán (continuación)	452
VIII. El movimiento comunista alemán (continuación)	455
IX. El comunismo alemán (continuación).....	461
X. El Partido Comunista Alemán (fin)	464
La situación en Alemania [II]	469
El campo obrero	469
El campo burgués	470
Sobre la situación en Alemania. Algunas observaciones sobre la respuesta de la MOR.....	472

III. EL PROBLEMA COLONIAL

«Carta a los indochinos».....	477
Marruecos, o de la prescripción en materia de robo	479
Corre la sangre en Túnez.....	483
[Una protesta]	487
¿Quién es el culpable de los manejos antifranceses?	488
«Esos miembros palpitantes de la patria...»	493
Los nuevos datos del problema colonial en el imperio francés	499
Después de Múnich	505
Sobre el régimen colonial	507

IV. LA GUERRA DE ESPAÑA

Diario de España	509
Reflexiones para disgustar	517
[¿Qué sucede en España?].....	519
La política de neutralidad y la ayuda mutua.....	520
Carta a Georges Bernanos	522
<i>Notas</i>	527

PRÓLOGO

Francisco Fernández Buey

Este volumen reúne una amplia antología de escritos sobre cuestiones históricas, sociales y políticas redactados por Simone Weil entre 1927 y 1939. Una parte de ellos fueron publicados en su momento por revistas francesas contemporáneas en las que ella colaboró asiduamente; otros son esbozos, notas o cartas que han permanecido inéditos durante años; y algunos otros, por último, pasaron a formar parte de las *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*¹ y de *La condición obrera*² o, en ciertos casos, se pueden considerar como desarrollos de las ideas expresadas en estos dos libros. Tratan de temas diversos, pero próximos, que preocuparon a Simone Weil a lo largo de toda su existencia, por lo demás corta, pues murió a los treinta y cuatro años. Estos temas son: la vida de los obreros y los problemas a los que tenía que hacer frente el movimiento sindical, las causas de la explotación y de la opresión de los trabajadores, la relación del movimiento obrero y sindical con los principales partidos políticos organizados, el papel del marxismo y del anarquismo, el desarrollo del capitalismo y las guerras, las perspectivas, avatares y derrotas de la revolución.

Si el lector se atuviera a la mera enumeración de los temas aquí abordados llegaría enseguida a la conclusión de que las preocupaciones principales de Simone Weil en esos años de su vida son las mismas que tuvieron tantos y tantos obreros conscientes e intelectuales comprometidos, amigos de la clase obrera en la Francia de la época. Y así es. Sobre la mayoría de asuntos mentados hablaron o escribieron con pasión muchos obreros e intelectuales con los que Simone Weil dialoga, discute o

1. Trad. de C. Revilla, introd. de J. Jiménez Lozano, Paidós, Barcelona, 1995.
2. *La Condition ouvrière*, Gallimard, Paris, 1951, 2002.

a los que critica sin paliativos. De manera que el tono general, la música, por así decirlo, de lo que hay en estos escritos de Weil, sonará como una sinfonía conocida a los oídos de las personas habituadas a leer textos del movimiento obrero, socialista y anarquista de los años treinta del siglo pasado. Ahí están, en efecto, los grandes asuntos controvertidos, apasionadamente discutidos, durante un período histórico singular que empieza con un nuevo asalto a los cielos, al terminar la primera guerra mundial, y acaba en el totalitarismo y de nuevo en la guerra. La forma de la mayoría de estos escritos de Simone Weil es la que en la tradición emancipatoria del movimiento obrero se conoce habitualmente con el nombre de «materiales».

Pero se equivocaría quien, ateniéndose a la mera enumeración de los temas o a la idea de que esa música la ha escuchado ya en otras ocasiones, abandonara el libro con la consideración de que sobre eso estaba ya todo dicho. Al lector que sintiera tal tentación habría que decirle algo parecido a lo que decía Bertolt Brecht a los potenciales lectores de su poema dialógico «Techo para una noche»: «No abandones el libro, tú que lo tienes entre manos». Pues el premio está en el todo. Si la intención de Brecht, al mandar parar al lector, era advertirle de que el poema sigue abierto, porque la caridad, cuando el buen samaritano da techo por una noche al desdichado en paro, no acaba con la era de la explotación, mi intención, al recordar aquí aquel recurso poético, es llamar la atención acerca de la originalidad y radicalidad con que Simone Weil aborda temas y problemas que estaban en la mente de tantos otros y sobre los cuales habían escrito tantos otros. O sea: llamar la atención sobre el punto de vista, sobre el carácter singular de esta mirada acerca de los tópicos centrales de una época y de una tradición emancipatoria.

No abandones, pues, el libro, tú que lo tienes entre manos, porque en lo que sigue, después de estas palabras pobres que hacen de prólogo, vas a encontrar lo que convierte al pensamiento nacido de una tradición (en este caso, de una de las tradiciones del movimiento obrero) en *pensamiento propio*: originalidad, radicalidad, singularidad en el tratamiento de asuntos y acontecimientos que acuciaban a los más. Si conoces los temas y las opiniones y argumentos más difundidos sobre esos temas, aquí encontrarás, casi siempre, *otro punto de vista* sobre lo conocido. Si, en cambio, no has tenido la oportunidad de enfrentarte a los grandes asuntos de aquella época histórica en la que se estaba jugando el futuro de Europa, aquí tienes una mirada radicalmente independiente e irreductiblemente excéntrica sobre las desdichas y sufrimientos de los de abajo, sobre sus ilusiones y esperanzas, sobre sus formas de organizarse y de comportarse, sobre las teorías que inventaron para salvarse de la explotación y de la opresión, sobre la guerra y sobre la paz, sobre la educación y sobre la revolución.

PRÓLOGO

El libro empieza con un tema tan antiguo como permanente: instruirse para cambiar de abajo arriba el mundo en que se vive y se sufre. Muchos trabajadores europeos de aquella época de grandes perturbaciones, cuando la gran crisis económica empezaba a hacer estragos en las sociedades europeas, pensaban en esto como había pensado el joven Lenin antes de que Nadezhda Krupskaya se enamorara de él; a saber: que primero había que destruir el sistema capitalista y luego, ya desde el poder, instruirse y educarse para construir el mundo nuevo. Bastantes agobios y desdichas conlleva el trabajo en la fábrica o la vida de parado —se decía— como para, encima, tener que ponerse a estudiar. Lo que importa en esas circunstancias, pensaba el joven Lenin (y con él muchos otros), es agudizar las contradicciones del sistema de explotación; lo demás se nos dará por añadidura. Recuerda Krupskaya en sus memorias que, al decir cosas de este tenor, el joven Lenin se reía «con una risa fea». Luego, ya de viejo, antes y después del atentado que sufrió, el estadista ruso se pasó la mayor parte del tiempo que le quedaba de vida predicando que sin instrucción no puede haber hombre nuevo ni socialismo digno de tal nombre, porque la herencia socio-cultural del antiguo sistema de dominación no decae con la socialización de los principales medios de producción.

Simone Weil tenía en la cabeza otra idea, una idea muy distinta del papel de la instrucción y la educación de los trabajadores de fábrica. No creía que los trabajadores tuvieran que dedicarse exclusivamente a agudizar las contradicciones del sistema o a mejorar la propia situación material en tales circunstancias y que la instrucción ya vendría después. Pensaba que la instrucción y la educación tienen que ser obra de los obreros mismos y que esto es parte sustantiva de su lucha a favor de la emancipación. Eso sí: con la ayuda de aquellos que, por la división del trabajo existente en el sistema capitalista, han tenido el privilegio de hacerse con conocimientos que los obreros no podían tener en aquellos tiempos en los que les estaba vedado el acceso a la enseñanza media y universitaria. Denunciaba Weil el desprecio manifestado en esos ambientes ante la cultura de la clase social adversaria, con la consideración, muy habitual en aquellos tiempos en las organizaciones sindicales, de que se trataba de una cultura «burguesa» a la que había que contraponer otra cultura. Y denunciaba tal simpleza porque ella misma sabía, por su procedencia social y por su formación, que esa cultura, así denominada para simplificar, era la suya y que el asunto para los obreros no era la negación de todos sus contenidos.

Frente al obrerismo cultural, cuya raíz está en la desconfianza que los trabajadores sienten ante el dominio de los amos de las palabras y, en primer lugar, obviamente, ante la forma en que los intelectuales se relacionan con los simples, Simone Weil, que tenía una formación filo-

sófica y científica notables, defenderá la instrucción y la educación de los de abajo precisamente como forma de dar a los obreros «el poder de manejar el lenguaje, y en particular el lenguaje escrito». Para ella es obvio que la educación general, sobre todo de la juventud obrera, era un deber acuciante de las organizaciones sindicales porque la educación es un elemento central en la liberación de los trabajadores. Si disputar a los explotadores y opresores el poder de manejar el lenguaje, y sobre todo el lenguaje escrito, mientras se está luchando por la liberación es parte sustancial de esta misma lucha, entonces lo que habrá que hacer es detenerse a reflexionar sobre el tipo de educación conveniente y sobre la forma alternativa que ha de adoptar la instrucción.

La reflexión de Simone Weil sobre el tipo y la forma de la educación conveniente para los trabajadores tiene dos partes. En lo que hace a los contenidos, postula que hay que poner el acento en el estudio de lo que entonces se llamaba todavía economía política, con la finalidad de que los trabajadores lleguen a tener una idea precisa del lugar que ocupan en la sociedad. Y en lo concerniente a la forma, defiende una instrucción participativa, lo más alejada posible de la actitud meramente pasiva o receptiva de los conocimientos, que es la que imperaba en la educación reglada y en la mayoría de las conferencias dirigidas a un público amplio. El carácter participativo de la instrucción obrera está pensado en su caso para evitar toda forma de fideísmo.

En líneas generales se puede decir que la concepción que Simone Weil tenía entonces de la instrucción obrera enraíza en la tradición libertaria que trata de unir el trabajo manual y el trabajo intelectual ya en esta sociedad dividida. Y se opone a un concepto meramente instrumental o politicista de la educación, que era el predominante en las organizaciones marxistas de la época, más interesadas en la difusión de una determinada línea política que en la formación que los libertarios solían llamar «integral». Pero, por otra parte, esta orientación libertaria de la instrucción que Weil propone para las organizaciones sindicales no tiene nada de dogmática o excluyente, pues al referirse a los contenidos de la misma, y concretamente a lo que conviene estudiar en el ámbito de la economía política, hace mención especial de la doctrina marxista. Precisamente porque, en su opinión, la instrucción obrera había de ser crítica y participativa, estudiar la economía política marxista, por lo que ésta enseña en cuanto a la situación de la clase obrera en la sociedad, no implica aceptar sin más todas y cada una de las tesis que en ella se expresan, ni siquiera la perspectiva general que ha orientado a los fundadores del marxismo.

La gran mayoría de los escritos de Simone Weil sobre cuestiones políticas y socio-históricas se mueven en el marco de la tradición libertaria y anarquista tal como fue practicada por una parte del sindicalismo

PRÓLOGO

revolucionario francés de los años treinta. Su pensamiento se puede caracterizar como libertario justamente en la medida en que ha puesto en primer plano la crítica del poder, de todo poder. Para Simone Weil, cualquier poder, independientemente del partido que lo ejerza, es siempre y sustancialmente conservador y, por tanto, se opone y se opondrá a las reivindicaciones del pueblo. Ésta es una idea que ella ha ido repitiendo desde 1927 en numerosas ocasiones y que se encuentra reiterada no sólo en los escritos aquí reunidos sino también en lo que escribió más tarde, ya en los años de la segunda guerra mundial y señaladamente en los escritos de Londres³. Se puede decir, por tanto, que esta orientación libertaria ha sido una constante en su obra. No sólo el poder en sí, sino el orden social, por necesario que éste se considere, ha sido para Simone Weil esencialmente malo.

No es éste, sin embargo, el único rasgo recurrente en sus escritos socio-políticos. Hay por lo menos otros tres que vinculan la tradición libertaria con el movimiento obrero revolucionario desde el siglo XIX. Estas otras constantes son: la noción de lucha de clases, la afirmación de la centralidad del trabajo y la idea de que la emancipación de los trabajadores será cosa de los trabajadores mismos o no será. Son nociones que la tradición libertaria y anarquista ha compartido durante décadas con la otra gran tradición del movimiento obrero, o sea, con la tradición comunista marxista. No me detendré aquí en su defensa de que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, porque éste es un tema que Weil abordará en discusión con el marxismo y con el estalinismo y me parece preferible discutirlo en ese ámbito, pero sí lo haré en los otros dos.

En opinión de Simone Weil, la lucha de clases es algo que pertenece a la naturaleza de las cosas sociales, que no depende de la comprensión o falta de comprensión del asunto ni de la buena voluntad de unos y otros y que, por tanto, sólo puede ser ahogada por la coacción de los de arriba. Es, pues, algo que está ahí y que quien ama la libertad no puede borrar sino, a lo sumo, limitar en sus manifestaciones, esto es, mantenerse en ella más acá de cierto límite de violencia. Para valorar la importancia que Simone Weil ha concedido a la persistencia de la lucha de clases querría subrayar tres pasos significativos. El primero tiene su contexto en las discusiones sindicales acerca de la naturaleza de la crisis económica, los efectos de la misma sobre la conciencia de los obreros y la actitud que éstos deben adoptar en los momentos de crisis. El punto de vista de Weil es muy explícito y expresa en lo esencial la posición del movimiento revolucionario de la época: vista y vivida desde abajo,

3. Simone Weil, *Escritos de Londres y últimas cartas*, trad. y prólogo de M. Larrauri, Trotta, Madrid, 2000.

no hay que intentar en absoluto remediar la crisis, cosa que sólo podría hacerse con el asentimiento y bajo la dominación de la clase dirigente, ni tampoco resignarse a la sucesión indefinida de períodos de crisis, estabilidad y bienestar, que los obreros pagan siempre con trabajo agotador y las correspondientes angustias, sino que de lo que se trata es de organizar la lucha a sabiendas de que no puede haber ningún interés común entre explotadores y explotados.

El segundo paso al que querría referirme es de 1934. Me parece sintomático que Weil se haya puesto a rastrear una de las manifestaciones históricas de la lucha de clases en la Florencia del siglo XIV, a propósito del levantamiento de los Ciompi, y que, en ese contexto, haya alabado el «magnífico discernimiento», la precisión y aun la vigencia, desde el punto de vista de las preocupaciones del momento, de Nicolás Maquiavelo, un autor que, a primera vista, por lo que se suele decir del «maquiavelismo» y por lo que sabemos de otros escritos de la pensadora francesa, tenderíamos a considerar en las antípodas del libertarismo. Lo cierto es, sin embargo, que Weil lee en 1934 las luchas sociales en la Florencia del siglo XIV con los ojos de Maquiavelo y, lo que es más interesante, parece haberse sentido tan fascinada por la capacidad analítica del florentino como lo estuvo Marx en el momento en que lo descubrió.

El último paso ilustrativo a este respecto, que querría traer a colación aquí, está escrito en abril de 1937 y dice así: «Lo que se llama en nuestros días, con un término que exigiría precisiones, la *lucha de clases* es, de todos los conflictos que oponen a grupos humanos, el mejor fundado, el más serio; quizás se podría decir que *el único serio*»⁴. Ante lo cual conviene precisar, más allá de lo que ahí sugiere ella misma, que eso está escrito años después de que la propia Weil hubiera llamado la atención de sus amigos y compañeros sobre los cambios que, en el modo capitalista de producir, estaba experimentando la organización del trabajo, acerca de las mutaciones en curso en la relación capital-trabajo y sobre el peligro que comporta el hipostasiar ahistóricamente, como algunos hacían, la noción de lucha de clases; después, también, de que ella misma hubiera indagado, sin éxito pero en consonancia con su análisis, las posibilidades de cogestión en las fábricas que parecían estar abriéndose al menos en Francia.

Al trabajo, y particularmente al trabajo manual, ha dedicado Simone Weil muchísimas páginas. La afirmación de la centralidad del trabajo en la vida de las personas y en las relaciones sociales es un tópico en los materiales que ha producido el movimiento obrero organizado a lo largo de dos siglos. Pero en esa larga historia, que ha dado páginas muy

4. Véase *infra*, p. 358. Las páginas entre paréntesis tras las citas remiten siempre a la presente edición, con el énfasis añadido en ocasiones.

PRÓLOGO

valiosas, hay pocas comparables a lo que Simone Weil llegó a escribir al respecto. Y eso se debe principalmente al hecho de que sus reflexiones sobre el trabajo son las de una persona que ha vivido con la misma intensidad el trabajo manual y la producción intelectual. No es sólo que, como tantos otros, ella se haya dedicado a producir intelectualmente en relación con el sindicalismo y con el movimiento obrero organizado, sino que, a diferencia de la mayoría de los tratadistas y ensayistas (sociólogos y economistas), ha tenido el coraje de hacerlo *desde dentro* en sentido pleno, es decir, en su caso, abandonando el instituto de enseñanza media en que daba clases para encadenarse —y seguramente ésta es la palabra adecuada— durante algún tiempo al trabajo de fábrica. Razón por la cual todo lo que ha escrito sobre el trabajo manual tiene el valor añadido de la experiencia vivida, la veracidad que sólo da la práctica. Para Simone Weil «trabajo» y «trabajadores» no son meras abstracciones sociológicas u objeto central de la economía política: son palabra viva, palabras bajo las cuales late, de verdad, el esfuerzo, la producción, el cansancio, el dolor, el sufrimiento, la alienación y el deseo de liberarse de unas cadenas que fueron cadenas tangibles, las que unen a hombres y mujeres en la fábrica misma y que ella sufrió en propia carne.

Aquí, en estos escritos para los que estoy reclamando atención, la afirmación de la centralidad del trabajo no sólo aparece cuando, dialogando con sindicalistas y revolucionarios, Simone Weil siente la necesidad de recurrir a la propia experiencia en la fábrica, y así expresar mejor el propio punto de vista, sino también en relación con otros asuntos que a primera vista parecen tener poco que ver con el trabajo en sí. Por ejemplo, en la defensa que hace del servicio civil por contraposición al servicio militar. En esa defensa, Weil subraya que la novedad de la propuesta sobre el servicio civil, que estaban haciendo otros, consiste en que ésta expresa en la práctica la relación que debe existir entre el trabajo y la paz, para afirmar, a renglón seguido y en términos formativos, que *sólo el trabajo es pacificador*.

La argumentación de este paso es notable y tal vez sorprenda a quienes se han acostumbrado a leer a Weil poniendo sólo el acento en esa clave que es la religiosidad profunda de sus últimos años. Dice ahí Simone Weil que es el trabajo, y no la religión o el amor, lo que fundamenta o puede fundamentar la paz, porque *sólo los trabajadores forman una república* (o sea, una verdadera comunidad), mientras que los personajes típicos de la clase dirigente, el general, el patrón, el banquero o el sacerdote nunca podrán representar al pueblo. El trabajo es para ella el vínculo externo que da consistencia a la conciencia interior de los humanos, de manera que cuando ese vínculo externo falta ni siquiera el espíritu más heroico puede conservar la conciencia de lo que llamamos valor interior. Las palabras con que concluye este pasaje ahorran

comentarios: «El mismo Cristo, cuando se vio abandonado por todos, escarnecido, despreciado, con su vida tenida por nada, perdió por un instante el sentimiento de su misión; ¿qué otra cosa puede significar el grito: Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (p. 114).

Tanta importancia ha dado Simone Weil al trabajo productivo, entendido como actividad suprema del ser humano, que incluso cuando discute con los marxistas (y discutió mucho con ellos) no puede dejar de reconocer su admiración por el acento lírico de las páginas de juventud de Marx, que compara, por cierto, con páginas de Goethe (seguramente las que corresponden al momento culminante del *Fausto*, justo antes del «Detente: es tan hermosos»). Hay pasajes, en estos escritos de los años treinta, en los que Weil parece estar queriendo elaborar una concepción cuasi-poética, muy romántica, de la grandeza (moral) del trabajo productivo en general; pasajes que ayudan a comprender mejor no sólo lo que dejó escrito en las *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* sino también, y por contraste, aquellas otras páginas, doloridas, de *La condición obrera*, acerca de lo que es el trabajo realmente existente en las fábricas. Quien ha valorado hasta tal punto la grandeza (moral) del trabajo productivo como actividad superior del ser humano por fuerza tuvo que sufrir mucho ante la degradación del trabajo manual, repetitivo y alienante, de las fábricas.

Esta centralidad del trabajo, que otros han visto como una maldición divina, ha sido exaltada por Weil hasta tal punto que no puede dejar de expresar sus reservas ante la presentación eufórica, y sin duda exagerada, de una de las reivindicaciones más sentidas por el movimiento obrero y sindical a lo largo de su historia: la reducción del tiempo de trabajo, la disminución de la jornada laboral. Por supuesto, tales reservas tienen también su contexto polémico, al que habría que atender con más detenimiento, pero, en cualquier caso, al oponerse a determinadas exageraciones al uso en el movimiento sindical, estas reservas avanzan alguna nota de carácter premonitorio, al menos sobre algunas de las consecuencias de lo que ha sido luego, en la práctica, la reducción de la jornada laboral: «Hacer del pueblo una masa de ociosos que serían esclavos dos horas al día no es ni deseable, aunque fuera posible, ni moralmente posible, aunque lo fuera materialmente» (p. 139). De donde se deduce que, en su exaltación de la centralidad del trabajo, ella prefería la vía de la desalienación a la vía de la reducción temporal. Y, obviamente, junto a la desalienación del trabajo realmente existente, Weil exalta la democracia obrera y el control obrero, que es lo que, en su opinión, permitiría juntar las reivindicaciones materiales y las reivindicaciones morales de los trabajadores.

Hasta ahí lo que podríamos llamar constantes o rasgos característicos de un pensamiento libertario compartido con muchos otros en el

PRÓLOGO

seno del sindicalismo revolucionario y de las revistas para las que escribía. Con los años, sin embargo, Simone Weil ha ido perfilando el tenor de su libertarismo, un pensamiento propio que hace de sus escritos un caso muy particular en la historia de los idearios de la liberación. Una primera nota de ese perfil es su defensa del individuo y de la individualidad frente a la colectividad. Ha habido, desde luego, y no sólo entonces, anarquismos colectivistas y libertarismos individualistas. El suyo entra de lleno en este último rótulo. Weil hace la defensa del individuo (y no de la colectividad) como valor supremo, dialogando y discutiendo con amigos y compañeros que parecían haber olvidado que aquello que une al sindicalismo revolucionario es tratar de devolver al ser humano concreto, es decir, al individuo, a la persona, el dominio que se supone que debe ejercer sobre la naturaleza, las herramientas y la sociedad.

Esta defensa de la individualidad y del individualismo, que habría que llamar «positivo» en la medida en que se opone también al individualismo egoísta característico del pensamiento burgués moderno, conlleva, como en algunos otros pocos grandes contemporáneos (por ejemplo, en la filosofía moral y política de Albert Einstein), una punta de aristocraticismo intelectual, que no hay que confundir con elitismo. Sólo que si en esos otros pocos casos contemporáneos la diferenciación respecto de lo que se venía diciendo sobre individuo y colectividad en el movimiento organizado apenas necesita justificación, al ser su afirmación por lo general teórica, sin vínculo afectivo directo con el movimiento libertario organizado, en el caso de Simone Weil la afirmación del propio pensamiento libertario iba a ir acompañada de la conciencia de que se estaba situando en una posición excéntrica o, como ella misma llega a decir, «herética en relación a todas las ortodoxias». Lo que incluye, desde luego, la ortodoxia anarquista.

En lo que escribe Simone Weil entre 1933 y 1939 hay al menos cuatro ideas que pueden dar cuenta de esta posición heterodoxa. La primera se refiere al examen crítico de la noción de progreso; la segunda a la revolución; la tercera apunta a los límites del sindicalismo, y la cuarta tiene que ver con el tema de la guerra. Formalmente esas ideas heterodoxas, incluso en el ámbito del libertarismo, han sido elaboradas al hilo del análisis del ascenso del nacionalsocialismo en Alemania, de las mutaciones en la condición obrera, de la guerra como horizonte posible (desde el momento mismo en que Hitler asume el poder en Alemania) y de la guerra como realidad (la guerra civil en España). Durante esos años Simone Weil ha ido llegando sucesivamente a conclusiones que la alejan cada vez más de lo que se pensaba en el seno de la tradición libertaria organizada y, por supuesto, en el ámbito de la tradición marxista.

Esas conclusiones son: que la noción de progreso, tanto en la versión del progreso lineal y acumulativo como en la versión hegeliano-

marxista del progreso dialéctico, no es mantenible por razones teóricas y por razones prácticas; que la noción de revolución, en la que tantos obreros habían puesto sus esperanzas desde 1918, ha caído definitivamente como consecuencia de la perversión de la última de las revoluciones; que el sindicalismo, tanto en su variante revolucionaria como en su variante reformista, ha entrado en su fase terminal; y que el asunto de la guerra requiere una reflexión particular porque no puede abordarse como un mero episodio de la política exterior de las naciones.

Las dos primeras ideas, las que se refieren a progreso y revolución, están ya suficientemente elaboradas y argumentadas en la obra de Simone Weil hacia 1934. La idea de que el sindicalismo está llegando a su fin ha sido elaborada tentativamente en 1938. En esa fecha Simone Weil escribió: «Tal vez nuestra época sea, entre otras cosas, la de la muerte del sindicalismo; en ese caso, no habría vivido demasiado tiempo» (p. 200). Como esto se lo está diciendo a personas próximas, se cura en salud. Esto se ve no sólo por cómo introduce la afirmación sino porque previamente ha dicho que es una idea «arriesgada», y porque se ha cuidado de descartar que sea un sacrilegio plantear la pregunta de si es deseable que el sindicalismo sea suprimido. En cierto modo, la expresión de esta idea del fin del sindicalismo vendría a ser una consecuencia de la imposibilidad de la revolución. Pues, si bien se mira, ¿qué puede ser un sindicalismo revolucionario, como el que Simone Weil había querido, si la revolución no sólo no es posible sino que, como dice en otro texto, ningún movimiento organizado se toma ya en serio ni siquiera la palabra?

El replanteamiento de la cuestión de la guerra más allá de los límites de la tradición libertaria organizada ha sido, en cambio, un tema al que Simone Weil dio muchas vueltas desde 1933. Como estaba convencida de que ese asunto no se puede tratar en abstracto sino que hay que analizar las características de las guerras en concreto, tampoco se puede decir que lo recogido en los textos aquí presentados permita llegar a una conclusión definitiva al respecto. Pues la gran mayoría de estos escritos son anteriores al inicio de la segunda guerra mundial. Lo que sí parece plausible, a partir de estos materiales, es afirmar que después de la experiencia por la que pasó durante la guerra civil española, Simone Weil se aleja definitivamente de la tradición anarquista. Volveré sobre esto al final.

Cuando he dicho antes que la configuración de este pensamiento propio, heterodoxo, en el marco de la tradición libertaria se puede reseguir «formalmente» en los escritos mencionados, quería decir que tales ideas han sido formuladas en diálogo o discusión con otras interpretaciones de esos mismos acontecimientos históricos, y se hallan dispersas en varios escritos que tratan de estos temas sin que la diferencia resul-

PRÓLOGO

tante haya sido tematizada de una forma explícita. Razón por la cual ha habido oscilaciones de nota en la interpretación de su obra. Ahora añadiré que para su mejor comprensión, para la comprensión no sólo formal, falta una clave interpretativa, y que esta clave interpretativa o el nexo teórico de unión que, según creo, permite hablar de libertarismo original y único en el caso de Simone Weil, debe buscarse en otro lugar.

En primera instancia, si uno se deja llevar por lo que ha leído en los escritos de Simone Weil desde 1940 a 1943, o sea, por lo que dice en obras como *A la espera de Dios*, *Echar raíces*, *La gravedad y la gracia*, *Pensamientos desordenados*⁵, etc., se sentiría inclinado a afirmar que esa clave fue su «conversión», o sea, el desplazamiento de su obra escrita hacia reflexiones que tienen más que ver con la religiosidad profunda y con la mística que con las preocupaciones socio-políticas. Pero no es así. No hay en estos escritos de 1933 a 1939 ningún indicio que permita seguir esa clave de interpretación. De manera que me inclino a pensar que ese nexo hay que buscarlo más bien en la lectura que ella hizo de algunos de los clásicos griegos, de *Antígona*, *Electra* y la *Ilíada*⁶.

Un eco de esas lecturas se encuentra, sin duda, en su manera de tratar el tema de la guerra a partir de 1936, en el uso que hace ahí de la noción de *fuerza* y en la amplia dimensión que toma la noción de *desdicha*. Pero no sólo ahí, sino también en afirmaciones más generales que perfilan lo que he llamado su individualismo positivo. Por ejemplo, en este texto de 1937 que es casi una declaración de intenciones de carácter metodológico: «La sociedad considerada en su relación con el individuo no puede definirse simplemente por los modos de producción [...] La noción de fuerza, y no la de necesidad, constituye la clave que permite leer los fenómenos sociales» (p. 112). Ésa fue, en efecto, la clave con que ella misma leyó la mayoría de los fenómenos sociales que analizó después de escribir sus notas sobre los clásicos griegos.

Si, como se ha visto, en los escritos incluidos en este volumen hay materiales de peso para dilucidar con precisión suficiente el lugar que Simone Weil ocupó en el ámbito de la tradición libertaria, también los

5. *A la espera de Dios*, trad. de M. Tabuyo y A. López, prólogo de C. Ortega, Trotta, Madrid, ⁴2004; *Echar raíces*, prólogo de J.-R. Capella, trad. de J.-R. Capella y J. C. González Pont, Trotta, Madrid, ²2007; *La gravedad y la gracia*, trad., introd. y notas de C. Ortega, ⁴2007; *Pensamientos desordenados*, trad. de M. Tabuyo y A. López, Trotta, Madrid, 1995.

6. «*Antígona*», trad. de J. L. Escartín y M.^a T. Escartín, en Simone Weil, *La fuente griega*, Trotta, Madrid, 2005, pp. 57-61; «*Electra*» y «*La Ilíada* o el poema de la fuerza», trad. de A. López y M. Tabuyo, en Simone Weil, *La fuente griega*, cit., pp. 63-71 y 15-43, respectivamente. Véase también *infra*, pp. 274-310.